Raúl Sacristán López

EDUCACIÓN Y AFECTIVIDAD

Jalones para una pedagogía del amor

didaskalos

6

didaskalospedagogía

RAÚL SACRISTÁN LÓPEZ

EDUCACIÓN Y AFECTIVIDAD

Jalones para una pedagogía del amor

didaskalos

Ilustración de portada: Mary Cassatt (1844 - 1926), pintura, *'boat trip',* 1893, National Gallery of Art, Washington

Primera edición:

© Raúl Sacristán López

Impreso en España. Printed in Spain
Depósito legal: M-12395-2022
ISBN: 978-84-17185-84-8

Impresión y encuadernación:
Editorial Didaskalos
Valdesquí 16, Madrid 28023
www.editorialdidaskalos.org

Queda prohibida, salvo excepción, prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual.
La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal)

Sumario

Págs.

ASPECTOS INTRODUCTORIOS

1. ¿Qué papel juega la afectividad en la escuela? 11

2. La educación como arte 17

3. La ruptura de la confianza. 27

Cuentos con un desarrollo alternativo. 27
¿A quién confiar la propia vida? 31
¿Por qué desconfiamos?. 32

PRESENTACIÓN
DEL DINAMISMO AFECTIVO

4. El dinamismo afectivo 39

¿Qué significa "afecto"? 40
El *misterio* de la voluntad y la apertura de la persona . . . 41
El corazón vulnerable, sede de la afectividad 46
La configuración afectiva 49
Los momentos de la unión afectiva. 51
La secuencia afectiva o el mapa de los afectos 53

5. La cuestión terminológica: ¿por qué hablar de afecto? . 61

Pasión 62
Afecto 63
Sentimiento. 64
Emoción 66

Págs.

6. Algunas ideas básicas para una educación afectiva adecuada. 71

AFECTO Y EDUCACIÓN EN LAS TEORÍAS MODERNAS

7. La importancia del afecto en las principales teorías pedagógicas 77
   La propuesta de John Dewey 78
   Los herederos de Dewey 91
   El tiempo y el espacio: la visión de María Montessori . . 97
   Erik Erikson 99

8. Revisión de perspectivas educativas actuales 109
   El currículum escolar, cultura y Estado. 111
   La familia y la cuestión de la seguridad en el apego 113
   La perfección puede ser un peligro, pero también la imperfección 117
   La formación del afecto como clave de la formación personal 119
   La preocupación por los educadores 120
   Una apertura a la trascendencia 123

9. El drama de la educación en la modernidad líquida. . 125
   La aceleración de la actividad y la dificultad de almacenaje. 126
   El rechazo del esfuerzo y la búsqueda de lo cómodo . . . 130
   Lo provisorio del conocimiento 131
   La respuesta de la memoria ante el mundo líquido 133

10. Una palabra sobre educación y aprendizaje 137

11. La cuestión antropológica y la propuesta del afecto. 141

Págs.

PROPUESTAS EDUCATIVAS CATÓLICAS

12. La educación, cuestión central en la evangelización. 151

13. Notas centrales de la pedagogía cristiana en Edith Stein 155

La Revelación, marca de la pedagogía cristiana 156
La cuestión antropológica 159
La figura materna en la educación 163
La relación familia-escuela en la primera infancia 166
Límites en el ámbito escolar 167
¿Nos hemos olvidado del afecto? 169

14. La propuesta pedagógica de S. Pedro Poveda 171

Educar es conducir a Dios 172
El amor-unión como fuerza motriz 177
Fijado el objetivo, se marcan los pasos 178

15. San Manuel González: La Gracia en la educación . . 181

La Gracia, clave de la educación 182
El drama del pecado original en la educación 183
La pedagogía de la austeridad como método de educación del afecto 185

CONCLUSIONES

16. La validez actual de la propuesta educativa cristiana: una pedagogía del amor 193

17. Vectores para un proyecto educativo 199

1. El amor, principio de la educación 199
2. Amor y autoridad 202
3. Educación, obediencia y voluntad 203

Págs.

4. Educación, pecado, castigo, comunión 204
5. Educación, escuela y sociedad 208
6. Protagonistas de la comunión 210
7. Ascesis educativa frente a la sociedad del desarrollo tecnológico 213

BIBLIOGRAFÍA 217

ASPECTOS INTRODUCTORIOS

1.

¿Que papel juega la afectividad en la escuela?

Si redujésemos la escuela al ámbito puramente del aprendizaje de unos contenidos concretos, podría haber quien dijera que no hay lugar para la afectividad en ella. A quien así piense, habría que preguntarle, por ejemplo, por una campaña de investigadores del CSIC realizada en marzo de 2021 en la que, a ritmo de rap, proponen a los jóvenes alumnos distintos aspectos de la ciencia, con la intención de atraer la atención de los jóvenes por el mundo científico mediante la música que les gusta.

Cualquiera que se haya dedicado al estudio de la memoria y el aprendizaje sabe que la potenciación de aspectos significativos juega un papel decisivo en estas facultades. Los maestros han enseñado a sus pupilos cantando, rimando, dibujando, haciendo entrar en contacto directo a los alumnos con las realidades a aprender… La teoría de la educación, sobre todo desde el s. XIX y en el XX, con Dewey, Montessori, Erikson, Piaget,

Vygotsky y otros muchos, han buscado formas de ayudar al niño y al joven a aprender mejor. Y en estos intentos, la clave ha sido siempre despertar su atención, el interés por aquello que se ha de aprender[1].

Sin duda, el interés y el desinterés tienen mucho que ver con el afecto, de hecho son una forma básica del mismo, dado que el afecto consiste en experimentar atracción o repulsa hacia una realidad concreta.

Aunque solo fuera por este aspecto facilitador del afecto, su análisis para el ámbito educativo resulta relevante. Sin embargo, dado que el ámbito escolar es un ámbito relacional, donde los profesores, los alumnos y sus familias configuran una verdadera comunidad educativa, es necesario incluir en nuestra reflexión la influencia de las relaciones personales en el ámbito educativo[2].

El ámbito escolar es un lugar plenamente humano, y como tal está plasmado por la afectividad que rige las relaciones de sus miembros. La experiencia educativa va mucho más allá de la asimilación de unos contenidos, se trata de algo tan apasionante como formar personas. Por lo tanto, la afectividad tiene un lugar propio en el aprendizaje por tratarse de un ámbito relacional. Cada uno de nosotros podemos traer a nuestra memoria de los primeros días de escuela, de nuestros profesores y compañeros, y no solo de lo aprendido, sino principalmente de lo vivido en la escuela. Sabemos perfectamente que un niño tranquilo aprende mejor que otro triste o angustiado. Somos plenamente cons-

---

[1] Una introducción sencilla e interesante a estos autores, cf. C. G. Mooney, *Teorías sobre la infancia* (St. Paul, MN, 22013).

[2] Cf. J. Granados – J. A. Granados (eds.), *La alianza educativa. Introducción al arte de vivir* (Madrid [2]2010).

cientes de que un profesor que logra establecer una relación de empatía con sus alumnos, especialmente en los primeros años de escolaridad, logrará que aprendan más y mejor; y que lo contrario tiene consecuencias no tan deseables. Este mismo patrón se repite en edades adultas.

Así lo vemos, por ejemplo, en la película *Cielo de Octubre.* La profesora del instituto de un pueblo minero logra que uno de los alumnos pueda dar cauce a su sueño: ser astronauta. Ella fue capaz no solo de captar lo que latía en el corazón de su alumno, sino de alentar su deseo y sostener su esperanza en medio de multitud de dificultades. Como muestra la película, la relación con la profesora hizo posible que el alumno estudiase y se esforzase a fondo. Luego un adecuado apoyo afectivo puede sacar lo mejor de un alumno. Sin duda que también nosotros podemos recordar profesores que han logrado algo similar. No se trataba solo de aprender conocimientos, sino de crecer verdaderamente como personas.

Esta perspectiva sobre la escuela como lugar para la formación de personas, si bien siempre se ha conocido, no siempre ha sido igualmente reconocida. Un aspecto básico en la historia de la educación es que la mortalidad infantil dificultó durante mucho tiempo que los niños fueran objeto de atención de los adultos. Solo cuando habían superado la primera infancia y se percibía que sobrevivirían se les empezaba a atender con mayor cuidado. No obstante, en las sociedades más empobrecidas, como sigue ocurriendo hoy día, los niños son educados para ayudar a sacar adelante a la familia, teniendo que trabajar como adultos desde muy pronto. Sin embargo, incluso en este caso, hay que reconocer que se educaba a los niños para formar parte de una sociedad adulta, luego se puede hablar de una verdadera educación, aunque no comparta nuestros parámetros actuales.

Cuando las sociedades estaban más asentadas se desarrollaron los inicios de la educación que hoy conocemos. Ya desde la Grecia Antigua se tenían distintas teorías acerca de cómo educar a un niño[3]. Es sobradamente conocido que en el mundo griego, como en el judío, la educación se realizaba según el modelo discipular, de modo que maestro y discípulos vivían juntos durante un tiempo, como lo vemos en la pregunta que Andrés y Juan dirigen a Jesús al conocerle: "Maestro, ¿dónde vives?" (Jn 1, 35). Posteriormente, sobre todo con el desarrollo de las escuelas monásticas y catedralicias durante la Alta Edad Media, esta forma de educación convivencial se extendió por toda Europa, y también se introdujo en ella a los adolescentes.

La tradición católica atendió siempre a esta perspectiva, como podemos ver de modo peculiar con S. Juan Bosco y los colegios salesianos. Aunque ya San Felipe Neri había introducido un método similar con sus oratorios, en los que la educación, por así decir formal, se veía apoyada con la música e incluso el juego. Desde siempre, los santos que se dedicaron a la educación vieron en esta tarea un modo de arrancar de la pobreza a las personas y de construir una sociedad mejor. De nuevo vemos aparecer que la educación tenía como fin construir mejores sociedades. Estos santos fundadores lucharon contra la decadencia de la juventud y contra aquello que pervertía a los jóvenes. Su primer afán, evidentemente, no era que los alumnos llegaran a ser grandes por su conocimiento, sino por la caridad. El ejemplo más claro de ello lo encontramos en el caso de D. Bosco y Sto. Domingo Savio.

---

[3] A este respecto se puede consultar la obra clásica de W. Jaeger, *Paideia: los ideales de la cultura griega* (México, 1957).

Un gran número de congregaciones religiosas fueron surgiendo a lo largo de los siglos, pero fundamentalmente en los siglos XVIII y XIX para acoger niños y ayudarles a convertirse en personas maduras. También surgieron personas que desarrollaron una teoría católica de la educación, aunque esta hoy no sea objeto de gran atención por parte de pedagogos, maestros y psicólogos. En España contamos, por ejemplo, con S. Pedro Poveda, S. Enrique de Ossó o S. Manuel González. Estos llamaron la atención sobre la importancia de la gracia en la tarea educativa, así como sobre la importancia de basar la educación en una antropología adecuada.

A lo largo del s. XX la escuela fue perdiendo esta referencia religiosa, humana, personal, y se secularizó y se profesionalizó, orientándose excesivamente a la consecución de un currículum que permitiera al alumno acceder a unos estudios universitarios con vistas a un trabajo mejor remunerado. Sin embargo, a lo que asistimos en los últimos años es a un resurgir de una comprensión de la escuela como ámbito de crecimiento humano, y no solo de preparación para un futuro profesional.

Resulta, por lo tanto, de capital importancia saber cuál es el lugar del afecto en la experiencia educativa, pero, para ello, es necesario primeramente entender adecuadamente la afectividad como dinamismo humano peculiar, así como su desarrollo en la infancia y la juventud. A este aspecto es al que nos dedicamos en el presente estudio.

El objeto de nuestra exposición es ayudar a entender el afecto como un dinamismo, una realidad cambiante, pero que tiene una lógica interna que es posible comprender. Para ello, primero analizaremos en qué consiste la reacción afectiva; después, nos centraremos en la relación que existe entre los distintos estados

afectivos, así como también atenderemos a la cuestión terminológica. Con este bagaje analizaremos las distintas propuestas educativas modernas y el papel que la afectividad tiene en ellas. Finalmente, analizaremos las propuestas pedagógicas de Edith Stein (Sta. Teresa Benedicta de la Cruz), S. Pedro Poveda y S. Manuel González, como ejemplos de pedagogía católica. No obstante, antes de empezar nuestro recorrido, nos detendremos en dos aspectos clave: la consideración de la educación como un arte y la importancia de la confianza en la misma.

El fin de la educación es el desarrollo integral de la persona. Para ello es necesaria una antropología que integre la totalidad de la persona. La actual crisis educativa hunde sus raíces en la ausencia de esta antropología con una adecuada comprensión de la afectividad para entender que la acción educativa es una acción personal, cuya base afectiva es esencial. Una buena relación de confianza es la mejor garantía para un buen aprendizaje no solo de unas materias sino un aprendizaje integral.

El papel del afecto en la educación es algo que siempre ha sido valorado por los grandes pedagogos. Sin embargo, en el momento actual, la crisis sociocultural ha debilitado tanto las relaciones interpersonales que la falta de confianza se extiende por la escuela de modo peculiar.

El presente estudio parte del análisis del dinamismo afectivo para examinar la acción educativa. Se trata de descubrir cómo una comprensión adecuada del hombre posibilita a la educación alcanzar el fin de la formación integral de la persona. En este análisis se ha introducido la magnífica tradición de la educación católica por medio de algunos de sus representantes modernos.

9 788417 185848

COLECCIÓN
didaskalospedagogía